

# A LA ORILLA DEL MAR

Gemma López Medina / Estudiante de Filología Hispánica.

## INTRODUCCIÓN

Nada tiene de extraño que un poeta nacido en una zona costera introduzca en su obra elementos de ésta. No debería sorprendernos, entonces, que tal cosa suceda en la poesía de José Luis Cano. Pero lo curioso del poeta algecireño es que, más que reflejar el paisaje marineró, hace de él y de sus componentes los confidentes de sus sentimientos. Eso es lo que tiene de particular la colección de sonetos recogidos en su primer libro, al que tituló, de forma muy significativa *Sonetos de la bahía*, evocando los lugares donde había pasado sus mejores días de infancia y juventud.

Escrito en 1940, no se editó hasta 1942. Responde a la moda del momento en que la mayoría de autores hacían uso de este metro. Tal es el caso de Miguel Hernández con *El rayo que no cesa*, o Germán Bleigberg con *Sonetos amorosos*. El poeta afirma: «*La forma se me impuso, y esos sonetos, todos, están inspirados en la bahía*». Vicente Aleixandre se dedicó a supervisar los versos y eliminar los que, según su criterio, no estuviesen a la altura. Lo prologó entonces otro escritor, gran amigo de Cano: Dámaso Alonso. Pese a encontrarse en los comienzos de su andadura poética, de *Sonetos de la bahía* diría años más tarde su autor: «*... aunque quede un poco antiguo y pasado, lo hice con verdadero entusiasmo, con mucho cariño*»<sup>(1)</sup>. Antes ya había comenzado su labor poética en Málaga, pero él mismo reconoce que los destruyó por ser demasiado parecidos a los de Lorca.

El libro se divide en cuatro partes. La primera de ellas está dedicada a José Cadalso, y son cuatro sonetos al Peñón. La segunda es para su amigo Dámaso Alonso, y las dos siguientes para José Luis Bianchi y Carlos Rodríguez Spiteri respectivamente. En total son treinta y ocho sonetos.

Según el prólogo mencionado que le hace Dámaso Alonso, los sonetos que componen este libro están elaborados de forma muy sencilla, sin excesivo adorno, ni pretensiones de elevación de ningún tipo. En ellos se aprecia la influencia de Herrera, Bécquer e incluso Juan Ramón Jiménez. El mismo Dámaso Alonso reconoce que la presencia del aire, el mar y el amor son elementos fundamentales en el poeta de esta época y que hace suyos. Es por ello que recibe de manos de su amigo el hermoso y a la vez simbólico nombre de «*novio de la bahía*».

---

(1) "José Luis Cano: Memoria en la bahía", Juan José Téllez, *Textos reunidos para José Luis Cano*, Algeciras, 1987, pág. 61.

## I. EL MAR Y JOSÉ LUIS CANO.

Para demostrar la especial relación del poeta algecireño con el mar no hay más que fijarse en el hecho de que dedica todo un libro a la bahía de su ciudad. En efecto, en *Sonetos de la bahía* existen numerosos poemas que lo reflejan. Ésta siempre ha tenido una connotación positiva para el escritor, ya sea como portadora de recuerdos de su niñez y juventud (su primer amor de la mano de Yaya, -a quien, no hay que olvidar, dedica el libro-, los primeros desengaños, los nuevos sentimientos...) o también como fuente de inspiración para dar alas a sus deseos de libertad y evadirse de su dura situación durante la guerra, periodo en el que estuvo preso y en el que tuvo que dedicarse a hacer trincheras. Entonces, el paisaje que contemplaba le servía para renovar sus fuerzas y que brotaran en él las ansias de volver a disfrutar de aquellos lugares olvidando el encarcelamiento. Así, dirá el poeta: «*Cuando íbamos a hacer trincheras, teníamos muchos ratos libres. Contemplaba la bahía, que ERA PARA MI COMO UN MITO. Era, entonces, de una gran belleza.(...) Me enamoré de la bahía y del Peñón*»<sup>(2)</sup>

Tal vez sean estas palabras las que nos desvelen el contenido de sus *Sonetos de la bahía*, pues en muchos de los poemas se llega casi a eso, a la mitificación del paisaje que el poeta recuerda. Así, el mar tiene un tratamiento especial. Forma parte de su vida y en ella interviene acompañado de múltiples sentimientos. En «Ave de amor», por ejemplo, el poeta nos habla de un desengaño amoroso ya pasado. Para ello Cano utiliza dos imágenes marineras: el mar y las aves. El primero se convierte en el lugar donde su dolor reposa. Las olas devuelven su amor a la orilla para que allí permanezca en el olvido:

*Mira como en la orilla, alanceado  
por un vuelo de espuma o ave o viento,  
yace el desesperado pensamiento  
que un día me habitó, desengañado.*<sup>(3)</sup>

Llama la atención el hecho de que identifique al amor como un «desesperado pensamiento». Después de esto, el amor, o el desamor para ser más exactos, se convierte para el poeta en un pájaro que antes había sido, más que pájaro «alada lumbre» y que ahora no volverá a volar. En este último verbo se pueden observar equivalencias con el otro de «amar». Así, si el pájaro ya no podrá volar habrá que suponer que es el poeta quien no se siente con fuerzas para volver a enamorarse de nuevo y teme morir en soledad. Todo ello, en los dos últimos tercetos:

*Hoy sólo es sombra de una dulcedumbre,  
de aquel vuelo que fue, de aquellas olas  
que irisaban su pluma adolescente.  
Brisa sin voz de aquella alada lumbre,  
hoy no sabe volar y muere a solas  
uina joven de amor, cálidamente*<sup>(4)</sup>

En otros, aparece el mar como fiel confidente del poeta. Sólo a él puede transmitirle sus sentimientos y sólo en él encuentra consuelo para su soledad, cuando le contesta con su rumor de «labios transparentes». Al mismo tiempo, consigue recrearse tanto en su belleza que lo transporta a lugares mejores y esperanzados que el poeta sueña. Fiel reflejo de esto es el soneto titulado «Al mar, solo», que reproduzco a continuación, y que ya en su título revela todo lo anterior:

---

(2) *Ibidem*, pág. 55.

(3) José Luis Cano, *Sonetos de la bahía* (soneto VIII: "Ave de amor", Algeciras 1987.

(4) *Ibidem*.

*Si tu amor busco a solas, entregado  
a un éxtasis errante y sin conciencia,  
no sé que resplandor de adolescencia  
unge mi piel, ya siempre a tu cuidado*

*Mi boca acerco a tu rumor nevado,  
purísimo sabor de tu presencia,  
espuma dulce para mi dolencia  
de soledad, al sol de tu costado.*

*No sé a qué paraíso de indolentes  
me llevas o nos llevan así unidos,  
tu desnudo y mi sombra a la deriva*

*Sólo sé que a tus labios transparentes  
hoy se entreabren dulces y vencidos  
al paso de mi sangre fugitiva.<sup>(5)</sup>*

El mismo fenómeno se aprecia en «Pasión del mar», poema, a mi entender, de los fundamentales en el libro, pues el poeta reconoce con él cuánto significa el inmenso azul para él, explicando a través de hermosos versos:

*En tus orillas vivo y alimento  
una sed sin descanso, oh mar ardiente,  
y en los despojos de tu azul gimiente  
pongo la abierta herida de mi aliento.<sup>(6)</sup>*

El poeta incluso llega a confundirse con el paisaje marino ayudado por la tenue luz y el viento:

*Qué sombra de pinar, qué oscuro viento  
confunden mi cabello aquí yacente  
con la broza que dejas diariamente  
para almohada de mi pensamiento<sup>(7)</sup>*

En el último terceto del poema aparece una idea que desarrollará en otros sonetos: el mar se convierte en mensajero del amor, y es quien le ofrece la ilusión para volver a amar:

*Suena en mi sien tu ingente poderío,  
y oigo en las lentas, tibias madrugadas  
como llamas de amor al pecho mío.<sup>(8)</sup>*

En «Los aires playeros», dedicado a Dámaso Alonso, recrea también la idea anterior:

---

(5) *Ibidem*, (soneto VI: "Al mar solo").

(6) *Ibidem*, (soneto XXV: "Pasión del mar").

(7) *Ibidem*.

(8) *Ibidem*.

*¿a qué dulce combate me llamáis,  
a qué vuelo de amor, a qué salinas  
litorales en flor me convocáis?<sup>(9)</sup>*

De nuevo aparece una peculiar forma de identificar al sentimiento amoroso y que parece sacado de la poesía de los trovadores del S.XII, pues el «*dulce combate*» recuerda mucho al tópico que identifica amor y guerra que aquellos utilizaban. Asimismo, el verbo «volar» vuelve a aparecer con el significado de amar («*vuelo de amor*»), como ya había sucedido antes en el soneto «Ave de amor». Por último, no hay que olvidar que el poeta encuentra una preciosa manera de mencionar que el mar puede estar llamándole a que se embarque en un nuevo querer, y para ello utiliza un sintagma muy acorde con todo lo que significa para él lo marítimo. Así, esa nueva relación será «salinas litorales en flor» a las que el mar lo llama.

En ocasiones, y como ya se ha reflejado al comienzo de este apartado, el mar y la bahía en general se convirtieron en elemento de evasión para el poeta, aún más cuando tuvo que permanecer preso en la cárcel de Escopeteros por ser miembro de la Federación Universitaria Española, de ideas de izquierdas. Según el poeta «...*allí estaban encarcelados los presos rojos*»<sup>(10)</sup>. De aquellos tiempos quedan en José Luis abundantes recuerdos en los que sólo el mar que veía cuando iba a cavar trincheras le sacaba de su terrible situación. En «Mar de la bahía» aparecen versos en los que hace alusión a todo ello, sobre todo cuando afirma que piensa en él para «*escapar de este terreno fuego que devora mis pulsos, invasor*». Después, no para de dedicarle elogios y así será «*luciente paraíso cegador*», «*serena deidad*»...En todo el poema se respira la inevitable admiración del poeta hacia el océano:

*¡Oh, nacarado mar, oh tentador  
trasmundo delicado en que me anego,  
por escapar de este terreno fuego  
que devora mis pulsos, invasor.*

*Luciente paraíso cegador,  
surcan mis alas tu ámbar en sosiego,  
y ebrio voy por tus ondas, como un ciego,  
sumido en tu impasible resplandor.*

*¡oh, serena deidad, qué fulgurante  
luz en tu seno cerca mi desnudo  
y transparentemente lo ilumina!  
¡Y en qué mágico éxtasis radiante  
me sume, al vuelo enamorado y mudo  
tu inmarcesible gloria submarina<sup>(11)</sup>.*

Del mismo modo, en el hermoso soneto «Luna de la bahía», recrea el paisaje nocturno del mar algecireño que tanto ama, y convierte a la Luna en una enamorada que, como él, sufre y a nadie salvo al mar se atreve a confesarle, con su luz, su pesar:

*¿Qué sombra de esta orilla, qué ignorado  
amor evocas desde tu alta cumbre,  
qué pensativo cuerpo desvelado?*

(9) *Ibidem*, (soneto V: "Los aires playeros").

(10) Entrevista de J. José Téllez, *ob. cit.*, pág. 42.

(11) José Luis Cano, *ob. cit.* (soneto XXIII: "Mar de la bahía").



De izquierda a derecha: José Lassaleta, Mercedes Cano, Enrique Cano, Pilar Cano y su esposo Francisco Linares, Carmelo Gómez, Victoria Cano, María Teresa Ortega y su esposo José Luis Cano. (Archivo A. Sanz)

*Ay, que yo sólo sé en mi pesadumbre  
tu secreto espiar, enamorado  
de tu clara y nocturna, dulce lumbre.<sup>(12)</sup>*

Como ya se ha señalado en la introducción, *Sonetos de la bahía* está dedicado en su totalidad a Yaya, a quien José Luis Cano le atribuye el tierno apelativo de su «pobre amor del Rinconcillo». No es extraño, pues a través de todo el libro el mar que el poeta evoca es el que baña las algecireñas playas de El Rinconcillo, Getares y la ya perdida de Los Ladrillos. Hasta allí solían ir los dos enamorados a dar largos paseos por la tarde, imaginando que aquella playa a la que no acudía nadie debido a la suciedad de sus aguas, era alguna isla desierta en la que perderse juntos. Una de esas tardes de otoño es descrita detalladamente por José Luis quien, refiriéndose a la que fue su primera novia le pregunta:

*¿Has olvidado, Yaya, aquella tarde de otoño en que, a pesar de la lluvia que caía fina y rápida, viniste a buscarme a la hora de siempre para ir a la playa de Los Ladrillos, (...)? Hicimos un alto en la taberna cercana al cementerio, donde bebimos una copa de manzanilla y bailamos el vals de las olas que puso el tabernero en nuestro honor, en un fonógrafo*

(12) *Ibidem* (soneto: "Luna de la bahía").

*prehistórico. Nos hacíamos pasar por estudiantes extranjeros, y yo te repetía mis «I love you» a cada vuelta de vals. Luego, en la playa, corrimos bajo la lluvia por puro placer. La playa de Los Ladrillos estaba siempre desierta a aquella hora de la tarde (...) Aquella tarde la lluvia de otoño se convirtió en un verdadero diluvio y tú, Yaya, ¿te acuerdas?, empezaste a correr vertiginosamente por la orilla.(...)Nos refugiábamos bajo las grandes rocas de los acantilados (...).En aquella pequeña cueva que formaban las rocas, te echaste para atrás la capucha del impermeable, y tu rostro mojado por la lluvia tenía la dorada limpidez de la arena cuando el mar abandona al bajar la marea en los atardeceres playeros. Sorbí el agua de tus labios, y tus mejillas tenían un dulce frío de nieve. (...)Nosotros, ebrios aún de dicha contemplábamos la bahía y, al fondo, las primeras luces del Peñón, que nos hacían guiños como pequeñas luciérnagas. Yo no hubiera cambiado aquellas tardes de los ladrillos por nada del mundo, y me hacía la ilusión, cuando corría con Yaya por la orilla, de que aquella playa desierta y sucia no era de mi pueblo, sino de alguna isla lejana (¿Samoa, Tahití, Hawái?) donde yo no tenía familia ni amigos, y vivía solo con Yaya en aquel humilde paraíso que olía tan deliciosamente mal.<sup>(13)</sup>*

Después, en «La novia embriagada», otro de los sonetos, recrea posiblemente esa misma tarde, pues alude en su dedicatoria a «M.P.D, que ya habrá olvidado». Esas iniciales responden a las de Yaya, cuyo verdadero nombre era Mari Pepa Díez. Así, en el primer cuarteto, reproduce los momentos que pasaron en la taberna cercana al cementerio, donde Yaya debió beber demasiado aquella tarde:

*Te habías embriagado dulcemente  
aquella tarde azul. La manzanilla  
doraba oscuramente tu mejilla  
con todo su oro cálido y luciente<sup>(14)</sup>*

En el siguiente cuarteto ambos han llegado a la playa:

*Reías y llorabas. Mansamente,  
de mi mano apretada y amarilla  
te dejaste llevar hasta la orilla  
de la bahía, silenciosamente.<sup>(15)</sup>*

Finalmente, la tarde acaba con ambos en la arena (tal vez cerca de la cueva que Cano recuerda) y Yaya adormecida a su lado:

*Viniste luego a mi de espuma armada,  
Y una brisa de alondras, a su vuelo,  
Te adormeció junto a mi adolescencia<sup>(16)</sup>*

El poema titulado «Yaya» suena a despedida del poeta a su amor adolescente. Abundan en él las negaciones del tipo «ya no...» y «ni», y los tiempos de los verbos en pasado, fundamentalmente, lo que aún más lo configura como adiós, sobre todo cuando la playa por la que ambos corrían antes está ahora agonizando fría. El soneto es el que sigue:

(13) José Luis Cano, «La playa de Los Ladrillos (fragmento de unas memorias imposibles), *Textos reunidos para José Luis Cano*, Algeciras, 1987, pág. 17.

(14) José Luis Cano, *ob. cit.* (soneto XVI «La novia embriagada»).

(15) *Ibidem.*

(16) *Ibidem.*

*Ya no suena tu voz por los pinares  
que en otro tiempo aroma y sombra dieron  
a tu melancolía, y conocieron  
la fina soledad de tus pesares.*

*No te escucharán más los olivares  
que al alba en tu mirada azul se vieron,  
y que tan dulcemente transmitieron  
el eco matinal de tus cantares.  
Ni ya te oirán, alegres, los chaveas  
del Rinconcillo amargo, cuando dabas  
tu jubiloso grito a la bahía,*

*Ahora que sueñas bajo el mar que amabas  
mecida al viejo son de tus mareas  
a esta playa que agoniza fría.<sup>(17)</sup>*

Pero no es sólo Yaya la protagonista femenina de los sonetos. Si bien es ella a la que José Luis Cano dedica el libro, también hay lugar en este para un soneto dirigido a Carmen Bravo. Era ésta, según palabras del propio autor: «...compañera de letras en el año 41. Era la única chica de la promoción, de la que todos estábamos enamorados porque era preciosa. Se ha convertido en una escritora importante. Ha publicado muchos libros, sobre todo de literatura infantil, biografías...»<sup>(18)</sup>

Ella es la «Novia del aire» del soneto que lleva el mismo título. Existe un halo de misterio en los versos que lo componen, y que tal vez esté debido a la situación de desconocimiento y extrañeza que existía entre el poeta y sus demás compañeros de promoción al ser Carmen la única mujer que compartía con ellos las clases. Es por ello que se menciona la «dorada niebla», la nube que oculta partes de su cuerpo... De nuevo aparecen elementos típicos a lo largo de su obra, como son la espuma, el cielo de la bahía, el viento suave, plumas de aves, aire azul... El terceto final resume todo el contenido del soneto y, a su vez, descubre todas las dudas que tiene el poeta acerca de Carmen:

*Novia del aire azul, que nadie sabe  
Cuando ha muerto de amor, ni cuando ha sido  
El postrer beso, oh nupcias transparentes.<sup>(19)</sup>*

## CONCLUSIÓN

Desde siempre, el mar ejerció gran influjo sobre José Luis Cano. El hecho de haber nacido en una ciudad marinera como es Algeciras, y su posterior estancia en Málaga, no hacen sino acentuar el sentimiento del poeta hacia la costa y su paisaje. Es por ello que José Luis se valdrá de ellos para evocar sus más entrañables vivencias. Al mar se referirá frecuentemente en su poesía y elementos como la orilla, las olas, la espuma, las aves (cuando éstas intervienen no debemos olvidar su particular acepción del verbo volar)...están muy presentes en su obra poética.

(17) Ibidem, (soneto XXII: "Yaya").

(18) J. José Téllez, *ob. cit.*, pág. 59.

(19) José Luis Cano, *ob. cit.* (soneto IX: "Novia del aire").

## Comunicaciones

Es a la orilla del mar donde él encuadra sus mejores recuerdos -como se ha visto en sonetos como «Yaya» o «La novia embriagada», «Pasión del mar», «Al mar, solo» o «Ave de amor»- estudiados de forma puntual en las páginas anteriores, estableciendo una relación tan estrecha con él que acabará convirtiéndose en el único que comprende el sentir del poeta y en el «amigo» al que acaba declarando todo lo que ama o anhela.

### BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- José Luis Cano, *Sonetos de la bahía*, Algeciras, 1987
- VV.AA, *Textos reunidos para José Luis Cano*, Algeciras, 1987.